

EN LAS GARRAS DE LA BESTIA

«Ciertos instantes, podríamos decir ciertos minutos, aportan más al conocimiento de uno mismo que años enteros.»

Fiodor DOSTOIEVSKI. Los endemoniados

EN LAS GARRAS DE LA BESTIA



1. Lugar del accidente

2. Vivac a la altitud aproximada de 7.000 m

Seleccionar el material me lleva apenas un instante. Al igual que preparar la mochila. Pero hay algo que me rompe el corazón: la cámara fotográfica de Pierre, una pequeña Leica de titanio. Me la había encontrado en la nieve junto al resto del material al llegar al vivac. Tenía mucho valor para Pierre. Con ella había tomado algunos de los planos cuya originalidad me había conmovido. Me había hablado muchas veces de su proyecto de presentar el Himalaya de una manera que no fuera con palabras, sólo con sus fotos, sin todos esos superlativos que saturan generalmente los relatos. Durante las treinta horas que permanecí en el interior de la tienda no vi otra cosa que no fuera esta cámara que me devolvía a nuestras conversaciones pasadas. Pero si prescindimos de ella en la subida, ¿por qué habría de añadir esta carga al descenso?

La decisión está tomada, pero me cuesta pasar a la acción. Soy como un niño al borde de una inmensa piscina que sabe que el agua está helada, que tiene miedo a saltar, pero que también siente el peso de la mirada de una conciencia superior que le ordena comportarse como un *hombre*. Estoy ahí, temblando al borde del brocal, atenazado por una elección que me supera totalmente: cada gesto me supone un enorme esfuerzo. Tengo dificultades para colocar los crampones en mis cubrebotas debido al intenso frío que entumece mis dedos. Tengo el corazón acelerado. La excitación está en

su apogeo. Ya está, estoy en la piel de la presa y yo soy el objeto de la batida. El miedo se ha apoderado de mí. Siento terror cuando por fin doy un primer golpe de piolet. Este estado de abatimiento ha durado demasiado. Sí, es hora de apretar los puños y lanzarse.

Soy consciente de lo que viene ahora: una pendiente helada de 500 metros con una inclinación de unos 50 grados. Nada insuperable, aunque mis primeros movimientos de destrepe me lanzan inmediatamente un aviso: no estoy en absoluto en mi mejor nivel de forma. La ansiedad turba mis pensamientos, mis desaciertos entorpecen la acción que resulta de todas y cada una de mis decisiones. Ha caído una buena cantidad de nieve: ¡la situación ideal para desaparecer en una avalancha! Estoy preocupado: ¡me encuentro en medio de un cristal inmenso cubierto por toneladas de algodón que pueden desprenderse de la montaña en cualquier momento! A mi izquierda, veo el espolón de la vía *Bonington*, donde estaría más seguro, pero está demasiado lejos como para ser una solución factible. Más fascinante aún, abajo puedo ver las tiendas de los eslovenos, confetis agrupados sobre una meseta glacial del tamaño de un campo de fútbol. Incluso creo entrever una o dos siluetas, no mayores que hormigas, yendo y viniendo. Se encuentran a dos kilómetros en línea recta, no más. Planto otra estaca de nieve, paso mi cuerda por la anilla. Otros diez metros ganados, pequeña victoria. Y esos puntos minúsculos que, a lo lejos, siguen agitándose sin razón aparente. ¡Me han visto! No estoy seguro de nada, pero trato de convencerme. Prueba de ello es que se dirigen en fila india hacia la pared. Ya no logro distinguirlos, pero observo sus huellas en la nieve. ¡Están organizando el rescate!

Me encuentro más o menos a mitad de la pendiente, medio tranquilizado –he visto seres humanos–, medio decepcionado –ya han desaparecido de mi campo de visión–. Debo terminar de destrepar esta pista de patinaje, cada vez más

empinada, cuanto antes. Problema: no me quedan anclajes. Ni una estaca, ni un solo tornillo. Y la pendiente se niega a frenar su caída un solo instante. Sin pensarlo demasiado, registro mi mochila. Saco las varillas de la tienda y, con un golpe de piolet, corto la goma que las une. Me preocupa el diámetro de estas barritas de aluminio, dudo de su solidez, pero, un largo tras otro, las voy sacando de mi mochila convertida en aljaba para clavarlas en la nieve conforme voy bajando. Inclinas hacia arriba, acogen la cuerda y cumplen como pueden con su función de estacas. No permiten que cargue todo mi peso sobre la cuerda, pero me ayudan a equilibrarme. Una astucia que me permite ganar otros ochenta o cien metros. Un premio que no tiene precio.

Dado el estado de mis muslos, dos troncos incandescentes atizados por el esfuerzo, el rápel es la única técnica que puedo plantearme. Hago lo que puedo con los medios de que dispongo y no me quejo de mi hallazgo, pero en plena acción, colgado de mis precarios anclajes, ¡lo que realmente deseo son unas cuerdas fijas! ¡Ay, si hubiéramos subido a la antigua! Al diablo con las consideraciones éticas, con las ocurrencias filosóficas de escalador de salón. Lo que yo quiero es salvar mi pellejo. Rezo para que una mano venga a ayudarme, de una u otra forma, en mi esfuerzo. Aún hoy soy incapaz de presenciar un debate sobre las reglas del alpinismo sin volver a pensar en aquellas horas de incertidumbre. ¿Qué valor tienen la belleza de un gesto, la pureza de una intención, cuando lo urgente es permanecer con vida? En medio de la cara sur del Annapurna, sí, hubiera deseado que fueran innumerables los pitones e infinitas las cuerdas que me hubieran devuelto, cual un hilo de Ariadna, al calor de los hombres.

Permanecer concentrado. Nuevo golpe de piolet. No dispersarse. Nuevo golpe de crampones. Y la mala suerte, que, una vez más, se suma a la partida: ligeramente en vilo, mi pie derecho vacila, tritura el hielo, vuelve a resbalar. ¡Tan brutal-

mente, que veo cómo la estructura de metal se suelta de mi bota y se precipita pendiente abajo! «¡Detente, detente!» Este cabrón coge velocidad y rueda sobre sí mismo como un plato sobre su canto... Se mofa de mí dibujando una curva interminable y perfecta antes de desaparecer definitivamente. ¡Estoy harto de esta montaña! Le grito mi odio de animal martirizado.

No entiendo lo sucedido, luego concluyo: con mis manos heladas, debí calzármelos mal, dejando las correas demasiado sueltas. Es más, debido a las lágrimas y al agotamiento, no me percaté de que me los había calzado al revés. Qué más da. Ahora mi pie derecho patina y cojea en la vertical. Para dar un paso tengo que fiarme de mis dos piolets, bajar las piernas arrastrándome, clavar como puedo mi único crampon dando una patada sin impulso y finalmente soltar los piolets uno por uno exponiéndome a girar sobre mí mismo, como una puerta sobre sus goznes.

Las dificultades resultan graves en el tramo que estoy atravesando, pero pueden convertirse en insuperables cuando llegue a la zona mixta de roca helada que me espera. De momento, y dada la inclinación de la pendiente, que dificulta el agarre de mis piolets, es imperativo colocar una protección adicional. Ya no me quedan ni tornillos de hielo, ni varillas de tienda, tan sólo... ¡mi cantimplora de plástico! La introduzco en la nieve acoplándole un trozo de nailon a modo de anilla. Una vez pasada la cuerda por la anilla, apenas me atrevo a cargar más de unos pocos kilos sobre ella. Estoy temblando, y de repente me doy cuenta de que ella también vibra. Pero milagrosamente aguanta y obtengo mi recompensa: gano otros diez metros.

Mi estado de agotamiento es máximo. Experimento grandes dificultades para mantener la concentración sobre un objetivo. Mis músculos se anquilosan y poco a poco mis manos van perdiendo habilidad. Siguen el movimiento, con cada minuto que pasa se aferran un poco más a los mangos de mis piolets, que se han convertido en prótesis. Tan pronto mi

mente se pone a mil por hora como deja de funcionar. Aparecen entonces ante mis ojos evocaciones más o menos irrisionarias: paisajes conocidos, una casa y, más definido aún, ¡el rostro de Patrick Poivre d'Arvor!* Como una llamada al orden, como si lo que me quedase de conciencia me estuviera señalando que el *disco duro* de mi cerebro se había resuelto a vaciarse por completo, a borrar todos estos datos...

En una o dos ocasiones, me sorprende dormitando sobre mis piolets. Estos recuerdos, mi habitación de niño y, creo, la silueta de mi abuelo, tienen la ventaja de mantener mi mente despierta, alejada de la comodidad del estado de inconsciencia total en el que el miedo y el agotamiento quieren sumirme. Actúan como pequeñas señales que me dicen: «Ya ves que aún estás vivo, ¡puesto que recuerdas al presentador estrella del telediario de la tarde o los juegos de tu infancia!»

Estoy despierto, y lo estoy aún más cuando, entre mis piernas, distingo un cangrejo negro, un trozo de metal... ¡mi crampon! La gran rueda de la suerte vuelve a ponerse en movimiento: ¡ahora pierdes, ahora ganas! Aquí está de nuevo este traidor, tres horas después de haber caído pendiente abajo, plantado en la nieve fresca, dispuesto a reemprender su huida con el próximo desprendimiento. Me acerco, lo agarro con mi enorme guante y a continuación me lo calzo. Desde esta mañana, mi moral no es más que el pasajero de un ascensor descontrolado. Ahora sube varios pisos inesperadamente.

¿De qué depende la curva de los sentimientos? No soy ciclotímico, y sin embargo, de un instante a otro, de un gesto a otro, paso de lo peor a lo mejor y viceversa. Bueno, eso de *lo mejor*; ¡es una manera de hablar! Las hombreras de mi mochila me cizallan los hombros, y mis rodillas, molidas por los golpes repetidos, están hechas trizas. Tengo tanta sed que no puedo

*Nota del traductor: popular periodista y escritor francés, muy conocido por sus apariciones en televisión.

ni gritar. Cuando intento insultar a la pared sólo salen de mi pecho unos miserables chillidos. Imagino un bar de Chamonix, el rostro de Pierre. Los sollozos me producen un nudo en la garganta. Mirando por entre mis piernas, vuelvo a distinguir a dos minúsculos eslovenos corriendo por la nieve: han debido de recorrer un kilómetro; yo, probablemente no más de ciento cincuenta metros.

Ocasionalmente, percibo un olor mareante que proviene de las corrientes ascendentes. Perfumes de bosque tropical, fragancias vegetales que me arrancan durante unos segundos del mundo cristalino y frío en el que se encuentran atrapados el resto de mis sentidos. En el interior de un bloque de hielo despejado con un golpe de piolet descubro un mosquito atrapado entre los cristales: ¿cómo no verme así? ¿Cuánto tiempo lograré aguantar antes de desaparecer? Y tú, pequeño insecto, ¿hasta dónde has luchado, hermano?

Aún deben de quedar entre trescientos y cuatrocientos metros antes de llegar al vivac, el pequeño balcón al que me conducirá la cuerda fijada en la *goulotte* situada más a la derecha. Se anuncia un vivac tranquilo. Allí viví aquella bella tarde, la primera que Pierre y yo pasamos en altitud para aclimatar-nos. Primero descender y luego hacer la travesía. Demasiado sencillo: acabo descendiendo más de la cuenta, ilo que me obliga a remontar cincuenta metros y a rodear un espolón para encontrar el camino lógico! Lucho, me exaspero y, sobre todo, pierdo tiempo. Debe de ser la una o las dos de la tarde y el sol pega con toda su fuerza. Con una consecuencia inmediata: los objetos perfectamente identificados empiezan a caer de nuevo...

Momentos antes, como una señal, ya había visto desprenderse una importante placa de hielo en la vía *de los Polacos*, ubicada un poco más al este. En ese punto, lo que marca el compás es una salva de piedras, un copioso bombardeo entrecortado por breves instantes de tregua. *Chof*, cuando los

bloques se estrellan en el hielo, *crac*, cuando revientan contra las rocas de al lado. No hay ninguna forma de protegerse. Estoy colgado de mis piolets, seco, exhausto, anémico, con menos decisión que un condenado camino del patíbulo. La muerte, cada vez más cercana, acecha. Y sin embargo, la obsesión que me habita persigue otra urgencia: necesito beber y estoy dispuesto a asumir los riesgos que hagan falta para calmar mi sed. Me encuentro bajo la amenaza de los bombardeos que me cercan; pese a todo hago una parada, coloco la mochila entre las piernas, saco a duras penas mi minihornillo y consigo fundir la suficiente cantidad de hielo como para obtener un cuarto de litro de agua tibia: una poción mágica o su equivalente. Cada una de las moléculas de mi organismo enloquece y se alegra por el aporte de líquido que chorrea en el interior de mi cuerpo.

Vuelvo a emprender la progresión horizontal hacia la derecha. Ya sólo quedan veinte metros, ya sólo quedan diez. El final de la rampa está ahí delante. Ya puedo distinguir el pilar rocoso que señala la entrada de la *goulotte*. Esto demuestra que estoy llegando al final de la rampa de hielo: casi todos los golpes de piolet arrancan chispas de la roca subyacente. Ya está: me encuentro en la vertical de la vira del vivac y puedo ver, más abajo, el comienzo de la cuerda fija que me llevará hasta ella. Claro que aún hay que conseguir alcanzarla. Dada la naturaleza del terreno, ahora totalmente rocoso, mis crampones ya no me sirven de nada y debo encontrar un anclaje para colgar mis veinte metros de cuerda. No tengo clavos. No obstante, resuelvo rápidamente el problema introduciendo en una fisura el piolet que me dejó Pierre y utilizando el mío a guisa de martillo. La hoja entra en la grieta y se empotra con seguridad. Una vez pasada la cuerda por el agujero del mango, puedo empezar a bajar. Mi *salvador*; prometo regresar a por él esta noche, cuando se haya restablecido mi capacidad física y hayan cesado por fin esas malditas caídas de piedras.

Más que bajar por la cuerda, lo que hago es caer. Mis movimientos son desordenados, pues estoy exhausto, en un completo estado de hipoglucemia. Todas mis visitas a este lugar las hice de noche, sus líneas de fuga me dejan impresionado: una chimenea casi vertical abierta sobre un vacío infinito. Por fin llega la cuerda fija. Me paro, la paso por el ocho y por el mosquetón atado a mi arnés. Compruebo una última vez el montaje. Ya sólo queda deslizarse por ella para cantar victoria: míos el descanso y la puerta de acceso al mundo de los vivos. Habíamos fijado la cuerda por sus extremos y por el centro, por lo que tengo que soltar de nuevo el ocho para volver a colocarlo bajo ese nudo. El último tramo de cuerda llega a la altura de la vira de la Pera.

Este vivac es confortable, está bien protegido y contiene el material que depositamos anteriormente, suficiente como para que pueda plantearme el resto del descenso con relativa serenidad. Aún no he terminado de enumerar esas ventajas cuando se produce un nuevo desprendimiento, justo por encima de mí. Un bloque del tamaño de una caja de zapatos se dirige hacia mí y tengo que protegerme con el brazo para evitar ser decapitado. Mi cabeza sigue ahí, pero mi antebrazo queda en un estado lamentable. Es el primer balance que hago cuando recobro el conocimiento. Estoy colgado patas arriba, desarticulado, suspendido de mi arnés, enganchado a mi descendedor como un pobre pollo al gancho del carnicero.

No hay duda: debí perder el conocimiento. ¡En realidad me encuentro por debajo de la plataforma del vivac a la que quería llegar, totalmente en tensión sobre la cuerda! Inconsciente, caí sin control en el último tramo de los 150 metros de cuerda fija, frenado por mi descendedor, y me detuve finalmente en el anclaje que habíamos colocado en el extremo inferior de la cuerda. Nuevo diagnóstico, más preocupante que el anterior: estoy en estado de shock. Me castañetean los

dientes, estoy encogido en mi arnés, incapaz siquiera de insinuar el menor movimiento. Cuelgo directamente sobre el hielo, lo suficientemente despierto como para observar la muerte cuando ésta llegara. Al cabo de un rato, consigo finalmente quitarme un guante. El dolor me despierta. El color de mi mano me preocupa, al igual que la hinchazón de la muñeca. ¡No quiero descubrir el resto! Lloro, suplico, maldigo esta puta montaña. Ya no es un monumento mineral cubierto de escarcha y hielo, sino un ser vivo. Una bestia enorme y malhechora a la que se le ha metido en la cabeza jugar con un pequeño animal vestido con mono fluorescente. Un monstruo que atrapa su juguete entre sus garras y lo suelta para observar divertido su comportamiento tras concederle algo de libertad. Sí, es cierto, cuando era niño me divertía bastante observando el numerito del gato y el ratón. Ya conozco el guión. Su desenlace no deja lugar a dudas...

De hecho, lo que viene después es bastante lamentable: ayudándome de la cuerda, del vientre, de las rodillas, logro alcanzar el pequeño balcón del vivac. Con una sola mano y la ayuda de mis dientes, consigo abrir la mochila a duras penas y sacar la tela de la tienda, con la que envuelvo mi cuerpo. Manco, aun habiéndome quedado con las varillas, no hubiera podido montarla. Tampoco puedo quitarme las botas. Siendo diestro, me cuesta adaptarme aún más a esta minusvalía. Encender el hornillo tiene algo de hazaña. Me resulta imposible comer, y apenas puedo beber. La escasa alimentación hace que mi mente vuelva a ponerse en marcha, me permite llenar las casillas de los *pros* y los *contras* y evaluar, aunque mínimamente, mis posibilidades. En primer lugar una constatación: de no haber estado atados los dos extremos de la cuerda fija, ¡habría sufrido la gran caída! ¿Una solución como otra cualquiera? Lo peor es que cuando pienso en ello, no parece disgustarme la perspectiva.

¿Acaso estoy mejor aquí, chillando, postrado, convencido de que el final sólo ha sido aplazado? ¿Cómo plantearse la posibilidad de recorrer aunque sólo fueran diez metros en este estado? ¿Cómo creer que un equipo de rescate vaya a asumir el riesgo de venir a buscarme? ¿Avisado por quién? ¿Por los eslovenos? ¿Qué saben ellos, los eslovenos, de mi estado? ¿No fueron ellos a quienes vi desaparecer esta tarde? Ni siquiera han dibujado una señal de emergencia en la nieve... Ni tampoco han agitado ningún símbolo por encima de sus cabezas...

Y por supuesto, no tengo radio. En la confusión de peripicias y sentimientos, llegué a pensar, durante un segundo, que el aparato de Pierre estaba escondido ahí con el resto del material. Ahora lo recuerdo: la radio está en el campo avanzado, allí la dejó Pierre. Le parecía demasiado pesada, o era que no nos quedaban pilas, no recuerdo muy bien. Estoy perdiendo pie. Estoy convencido de que mi cuerpo se vacía de su sangre, de que estoy sufriendo aeroembolismo. Y mis dedos, de todos los colores e hinchados como salchichas. Corto con mi cuchillo la espesa capa acolchada de la manga de mi chaqueta de protección para atenuar el efecto de compresión. La hoja resbala, produciéndome un corte grave en el dedo índice de mi mano derecha. Utilizo la goma de mi linterna frontal para comprimir la herida, pero mi moral, o lo que queda de ella, se esfuma definitivamente. Quizás nunca antes, ni siquiera en la vira, recién abandonado por Pierre, entregado a mí mismo, me había sentido tan solo e impotente. Tengo que dejar mi antebrazo fuera del saco de plumas. Tengo frío. Me sumo en un sueño cataléptico antes de despertarme bruscamente. A lo lejos, puedo percibir algunas vagas luces, dos o tres relámpagos furtivos, sin duda los flashes de los turistas, haciéndose retratos frente a los *lodges*. La vida y el calor humano. No es un precipicio lo que nos separa, sino un abismo infranqueable, definitivo, mortífero.

¿Será que ha salido el sol? Vuelvo a pensar en los eslovenos, rememoro el trazado exacto de su marcha. Si han pasado

bajo la pared, es que se dirigían al glaciar que separa nuestros respectivos campos base. Nuestros sherpas, por su parte, preocupados por nuestra ausencia, demasiado larga, habrán enviado un explorador a buscarme. Sería muy extraño que nuestros grupos no se cruzaran. Al inevitable encuentro debería seguir por fuerza un equipo de rescate... Durante todo el día 14, tumbado en mi mísero balcón, no pienso en otra cosa. Sigo sin poder alimentarme correctamente, el olor a carne podrida que me impregna la manga me vuelca el corazón. Sólo queda esa esperanza que podría llegar de abajo. Me agarro a ella. La perspectiva de morir es la más probable, pero la de morir solo me resulta insoportable.

A media mañana, sobre las diez, vuelvo a tener esperanzas: tres o cuatro manchas de colores se agitan de nuevo sobre el glaciar. Mejor aún, la nieve caída durante la noche resalta claramente sus huellas, que, y eso es seguro, se dirigen hacia la base de la pared. El horizonte entero desaparece de mi campo visual: no veo otra cosa que esa línea que avanza... ¡Los eslovenos han despertado y vienen hacia aquí! Y después, nada. O más bien sí: la huella se detiene, a una hora u hora y media quizás de la base de la pared, y los puntos de colores dan media vuelta. Voy a morir solo, totalmente solo.

Fue esa tarde cuando me sorprendí, al menos en dos ocasiones, con las piernas colgando en el vacío, el tronco erguido a duras penas, los músculos tullidos y doloridos, el rostro inundado de lágrimas, pensando en lo peor. ¿Y si acabara con esto de una vez por todas? ¿Y si me dejara ir? ¿Y si me fuera con Pierre? En mi vida había vivido semejante situación y jamás volví a pasar por algo igual. Un estado *entre dos aguas*. La segunda vez, recuerdo haberme desencordado, como si, con la punta del pie, tuviera ganas de tantear el terreno que hay *al otro lado*, así, sin más, para ver, para sentir el misterio del vacío y probar el sabor del abandono. Todo esto me parecía más sencillo, tranquilizador. Inmovilizado, ¿no había salido

ya de la vida? Tan solo la sangre que se agitaba en mis venas y me golpeaba la sien me recordaba lo contrario. Señal de que la hora ineludible aún no había llegado. Siempre ese movimiento de balancín. El ratón cree una vez más que tiene una posibilidad de salvarse. ¿Cuál es la diferencia? ¿El orgullo que prohíbe rendirse? ¿El amor dejado atrás? ¿La fe? ¿En un dios o en la vida? En los peores momentos, la gran opción, acabar de una vez por todas o no, muestra sus orejas, pero de manera mucho menos abstracta de lo que uno se imagina. Una buena comida, una mirada compasiva, un cálida caricia: eso es lo que alimenta las ganas de vivir.

Tras otra noche de angustia, tomo la determinación de luchar sin saber muy bien qué (o quién) ha propiciado este cambio... Quizás sea simplemente que jamás he sentido tanta impotencia, como un animal herido a merced del fusil del cazador. Atrapado y por lo tanto acuciado por la necesidad de escapar al inminente veredicto. Han pasado tres días desde que me dejó Pierre. Siete desde que abandoné el campo base. Imperativo n° 1: beber. Imperativo n° 2: comprender. ¿Qué es lo que me espera? ¿Cómo está equipado el siguiente tramo? ¿Qué itinerario seguir? ¿Qué técnica de destrepe emplear? Lo que más me preocupa son los primeros doscientos metros de terreno mixto, en el que se alternan tramos de hielo empinado y delicadas secciones de roca. Durante nuestras primeras avanzadas depositamos abundante equipamiento para asegurar este delicado terreno.

También recuerdo, por desgracia, que en nuestra última ascensión, el 8 de octubre, recuperamos todos los tornillos y pitones que pudimos para reconstituir nuestro equipamiento. Con un solo brazo válido, veo difícil enfrentarme a los tramos que quedan por llegar.

Trato por todos los medios de elaborar una respuesta al problema, pese a que mi debilidad me incita a abandonar, a dejar que sean los acontecimientos los que decidan. Por suer-

te, creo que mi temperamento no soporta lo aleatorio. No creo en el azar, y no me gustan los juegos con este apelativo. Así pues, durante toda la tarde, trato de acostumbrarme a hacer y deshacer un nudo con mis dientes y mi única mano. El resultado no es muy bueno: ni mi mandíbula atenzada por la crispación y el cansancio, ni mis labios reventados por los cortes aprecian el entrenamiento. Al mismo tiempo, trato de recordar lo mejor que puedo los mil metros de pendiente, cada cavidad, cada grieta, como un esquiador que, antes de un descenso, repasa una y otra vez con los ojos cerrados la película de sus reconocimientos previos. Esos mil metros, al fin y al cabo, ya los he bajado al menos tres o cuatro veces. Reúno el material imprescindible: un pequeño trozo de cuerda que me enrolló alrededor del pecho, cuatro pitones, tres tornillos de hielo, tres mosquetones y mi piolet. ¿El de Pierre? Se ha quedado arriba. Ahora soy incapaz de ir a recogerlo, y de todas formas sólo puedo usar un brazo. Debo aligerarme al máximo, deshacerme de mi abrigo de plumas aquí mismo, de mi hornillo, de una parte de la comida, y progresar de noche para evitar una nueva lluvia de piedras. Soy consciente de que son pocas mis probabilidades de salir con vida, pero la esperanza de llegar a la base de la pared antes del amanecer aún existe.